

ENOCH DE OLIVEIRA

LA MANO
DE DIOS
al timón



La mano de Dios al timón

Enoch de Oliveira



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio

Introducción

PRIMERA PARTE

1 - Y la tierra ayudó a la mujer

2 - Amargó mi vientre

3 - Lo débil para confundir lo fuerte

4 - Nacerá tu luz como el alba

5 - Decentemente y con orden

6 - Para que tengan vida

7 - Hermosos... los pies... del que anuncia

8 - El justo por la fe vivirá

9 - Una espada de fuego sobre Battle Creek

10 - Las puertas del infierno no prevalecerán

SEGUNDA PARTE

11 - Todos estos murieron en la fe

TERCERA PARTE

12 - Estos naufragaron en la fe

13 - Varón conforme a mi corazón

Conclusión

APÉNDICE

Cristo en el Santuario celestial

Elena de White y las cuestiones doctrinales

La mano de Dios al timón

Enoch de Oliveira

Título del original: *A Mão de Deus au Lame*, Casa Publicadora Brasileira, Rodovia SP 127, Km 106, Tatuí, Brasil, 1985.

Dirección: Edeltraut Steger de Pepe

Colaboración: Eugenio Di Dionisio

Traducción: Roberto Gullón

Diseño: Nancy Reinhardt

Propiedad de las ilustraciones: (Tapa) Shutterstock (banco de imágenes) / (Interior) General Conference Archives, Ellen G. / White Estate Inc., Archivo ACES

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 1985 Casa Publicadora Brasileira. © 1986, 2013, 2020 ACES.
Edición en castellano.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-240-4

Oliveira, Enoch de

La mano de Dios al timón / Enoch de Oliveira / Contribuciones de Eugenio Di Dionisio; Dirigido por Edeltraut Steger de Pepe. - 1ª ed. - Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

Traducción de: Roberto Gullón.

ISBN 978-987-798-240-4

1. Iglesia Adventista. 2. Religiones. I. Di Dionisio, Eugenio, colab. II. Steger de Pepe, Edeltraut, dir. III. Gullón, Roberto, trad. IV. Título.

CDD 286.7

Publicado el 10 de agosto de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Dedicatoria

A mi padre, Saturnino de Oliveira, colportor pionero en el Brasil, que murió fiel a los ideales de la “bienaventurada esperanza”.

A mi madre, Jerónima, por su sacrificio e idealismo, que me inspiraron a ser un heraldo al servicio de la causa adventista.

A mi esposa, Lygia, cuya dedicación y amor sólo son sobrepujados por mi gratitud.

A mis hijos, Lutero, María Ilma, Vera Lucía y Ailton Renato, para que ellos y los jóvenes de su generación conozcan la fascinante historia de la Iglesia Adventista.

A mis nietos, Bruno y Carolina Oliveira, y Denison y Luciene Dörl, representantes de una generación que surge, para que en este libro encuentren inspiración para emular la fe de sus mayores.

Enoch de Oliveira, pág. 52.

Peligros terribles se hallan delante de aquellos que llevan responsabilidades en la causa de Dios; peligros que el solo pensar en ellos me hace temblar. Pero nos viene este mensaje: “Mi mano está sobre el timón, y no permitiré que los hombres controlen mi obra en estos últimos días. Mi mano maneja el timón, y mi providencia continuará cumpliendo los planes divinos, pese a las invenciones humanas...”

En la gran obra final nos encontraremos con perplejidades con las cuales no sabremos cómo tratar, pero no olvidemos que los tres grandes poderes del cielo están trabajando, que una mano divina está sobre el timón y que Dios hará que se realicen sus propósitos.

El evangelismo, pág. 52.

Prefacio

Una definición corriente enseña que la historia es la narración de los acontecimientos ocurridos. Obviamente, solo los acontecimientos que tienen significado en relación con la vida y la existencia de la humanidad hacen historia.

Este es un libro de historia, pero esta historia no es meramente el relato de los hechos humanos, porque la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día es la historia de cómo Dios se relaciona con el pueblo que ha de cumplir su propósito en relación con los últimos eventos que sucederán en este mundo.

En el contexto de la Revelación, la historia siempre sirvió de fundamento y apoyo para los llamamientos divinos, en el sentido de que el pueblo debería ejercer completa confianza en Dios.

Una significativa porción de las Sagradas Escrituras se compone de relatos históricos que tenían la función para con el Israel literal, y la tienen para con el Israel espiritual, de servir como recordatorio de que el Dios que intervino en los acontecimientos pasados es poderoso y capaz de ayudar y conducir los destinos de la presente generación.

Una filosofía cristiana de la historia llevará forzosamente al investigador sincero a encontrarse con Dios, que en última instancia es el verdadero Arquitecto de la historia de la humanidad.

“En los anales de la historia humana, el crecimiento de las naciones, el levantamiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y las proezas del hombre. Los sucesos parecen ser determinados, en gran parte, por su poder, su ambición o su capricho. Pero en la Palabra de

Dios se descorre el velo, y contemplamos detrás, encima, y entre la trama y urdimbre de los intereses, las pasiones y el poder de los hombres, los agentes del Ser misericordioso, que ejecutan silenciosa y pacientemente los consejos de la voluntad de Dios” (*La educación*, pág. 173).

Infeliz del pueblo que pierde la memoria de sus orígenes. Por eso la Iglesia Adventista no puede olvidar su historia. Al mirar hacia el pasado, la iglesia del presente renueva su confianza en la certeza de que el Movimiento Adventista no es un movimiento de hechura humana, sino que fue suscitado por la acción de Dios en irrefutable cumplimiento de las profecías de los libros de Daniel y Apocalipsis.

En el año 1915, poco antes de su muerte, Elena de White escribió este testimonio de fe: “Al recapacitar en nuestra historia pasada, habiendo recorrido cada paso de su progreso hasta nuestra situación actual, puedo decir: ‘¡Alabemos a Dios!’ Mientras contemplo lo que el Señor ha hecho, me siento llena de asombro y confianza en Cristo como nuestro caudillo. No tenemos nada que temer en lo futuro, excepto que olvidemos la manera en que el Señor nos ha conducido y sus enseñanzas en nuestra historia pasada” (*Joyas de los testimonios*, t. 3, pág. 443).

La historia de las organizaciones religiosas enseña que la tercera generación de miembros debilita la estructura del movimiento, porque pierde contacto con los fundamentos creídos y defendidos por los padres fundadores.

Algunos de los movimientos liberales que se han desarrollado entre los adventistas en nuestros días, revelan que muchos están perdiendo contacto con las razones y los fundamentos de nuestra fe, y eso en los diversos campos de acción de la iglesia: educación, administración, doctrinas e incluso la misma misión del adventismo. Esta actividad ha

destruido la confianza de muchos en la actuación presente de Dios en relación con su iglesia, llevándolos a ver un futuro incierto y especulativo.

Este libro que la Iglesia Adventista acaba de recibir de la pluma erudita de uno de sus más nobles pensadores, viene como de molde a establecer la confianza sin reservas en la autenticidad divina del Movimiento Adventista.

El Dr. Enoch de Oliveira, hijo de uno de los pioneros de la página impresa en el Brasil, busca en el pasado el argumento de la historia para iluminar la senda de las realizaciones presentes de la iglesia. Por lo tanto, el libro que usted tiene en sus manos es un libro de fe.

En el momento cuando muchos prefieren recorrer la senda de la duda, apoyándose en la teología del “*Si*” y en su racionalismo especulativo, el autor, en un estilo rico y exuberante, prodiga certidumbre y lealtad, fe y confianza en los hitos inamovibles de las verdades adventistas.

La iglesia de Dios no está en crisis. En crisis están algunos que silenciosa y audiblemente, velada o públicamente, por razones personales, prefieren distanciarse de la estabilidad confortadora que la iglesia les ofrece. Abandonan la seguridad del arca de Dios para aventurarse en las inciertas teologías del océano de las especulaciones humanas.

Comenzando con los primeros fulgores del amanecer millerita, el autor lleva el pensamiento del lector a lo largo de todo el proceso histórico de la formulación doctrinal y organizativa de la Iglesia Adventista; desaparece la generación de los pioneros y surgen nuevos líderes; enemigos profetizan el aborto del embrión adventista; movimientos disidentes prometen destruir la unidad de la fe por la influencia de hombres poderosos en el arte de

argumentar; libros y revistas surgen como esponjas impregnadas del veneno de la incredulidad y la amargura; pero todos esos eventos tan sólo sirven para dar a la Iglesia de Dios la madurez plena y para que el árbol del adventismo profundice más sus raíces en el suelo del estudio de la Palabra de Dios.

El autor demuestra que la historia de las realizaciones de los pioneros, de los movimientos opositores, de la reestructuración organizativa, de la acción resuelta de los líderes del pasado y del presente, levanta ante el mundo la incuestionable certeza de que “la mano de Dios está haciendo girar el timón”.

Quiera Dios que cada lector, al repasar en estas páginas el testimonio de la historia, pueda oír, más allá del elegante estilo y de los nombres y hechos mencionados, la voz de Dios afirmándole una vez más: “*Mi mano está al timón*”.

Joel Sarli

NOTAS DE LOS EDITORES

* Esta versión revisada y ampliada le debe al Pr. Eugenio Di Dionisio (docente, historiador, administrador) el cierre del ministerio del Pr. Neal Wilson y las biografías de los pastores Roberto Folkenberg, Jan Paulsen y Ted Wilson. Nuestro gran reconocimiento y agradecimiento al Pr. Di Dionisio por su noble contribución a esta magna obra.

* Como la 1ª edición de este libro salió a la luz en 1986, esta 2ª edición incorpora actualizaciones estadísticas, en cifras y demás datos denominacionales, al 31 de diciembre de 2012.

Introducción

En medio de las densas selvas que cubren el territorio oriental peruano, se oye el murmullo de un arroyuelo, serpenteando sin pretensiones en la inmensa floresta. Aquel riacho, en su tímido esfuerzo, abriéndose camino en medio de una exuberante vegetación tropical, parece a veces pronto a desaparecer absorbido por la tierra sedienta. Pero contorneando sucesivos obstáculos, el arroyuelo avanza aumentando gradualmente el ímpetu de su corriente. Alimentado a lo largo de su curso por pequeños tributarios, se transforma progresivamente en caudaloso río, conocido por el nombre de Marañón. Cruzando la línea divisoria que separa el Brasil del Perú, el Marañón sigue su curso natural, profundizando su lecho, ensanchando sus márgenes y ampliando su caudal. Al recibir las aguas de un considerable número de afluentes, el Marañón se transforma en el exuberante Amazonas, uno de los mayores ríos del mundo.

Del crecimiento del arroyuelo en las selvas peruanas y su sorprendente transformación en el caudaloso Amazonas, podemos derivar una analogía relacionada con la historia del adventismo. En sus orígenes, el adventismo se reducía a un irrelevante puñado de piadosos estudiantes de las profecías, sobrevivientes del naufragio millerita. En sus años formativos parecía demasiado frágil, próximo a veces a desaparecer, víctima del escarnio, la burla y el desdén de sus adversarios. Pero bajo la poderosa conducción del Espíritu Santo, aquellos hombres y mujeres de fe lograron transformar un tímido y vacilante comienzo en un caudaloso movimiento profético.

En este libro analizaremos el sorprendente crecimiento y la organización de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Veremos cómo este movimiento, así como las aguas

susurrantes de un arroyo en sus comienzos, guiado por la mano divina, se transformó en poderoso complejo eclesiástico internacional. Lo veremos, página tras página, avanzar triunfante, a pesar de los sucesivos e innumerables obstáculos que se levantaron en su camino.

El lector no encontrará en sus páginas un panegírico emotivo de la iglesia, o una ardiente apología de sus doctrinas, pero sí un análisis contextual del ambiente en que surgió el adventismo en el siglo XIX, y una apreciación de las razones históricas y proféticas que justificaron sus orígenes, desenvolvimiento y consolidación.

Aunque procurando mantener entera imparcialidad y justicia en la apreciación de los acontecimientos y en el análisis de la contribución dada al movimiento por sus fundadores, el autor admite la posibilidad de haber exaltado con demasiado entusiasmo la obra realizada por los pioneros. El lector sabrá, sin embargo, comprender con espíritu indulgente, que el libro fue escrito por alguien que, educado dentro de la filosofía adventista, jamás conseguiría divorciarse de sus raíces para producir una obra absolutamente imparcial.

La idea de la publicación de este libro surgió en la mente de mi esposa y contó con su dedicada cooperación y su análisis crítico. Le cupo no solamente la tarea monótona y cansadora de mecanografiar los originales y verificar las notas bibliográficas, sino también de ocuparse en el esfuerzo por simplificar el lenguaje, tornándolo menos técnico y más accesible a los lectores no acostumbrados a la terminología propia del lenguaje teológico.

Ojalá el Señor llene de bendiciones el corazón de todos cuantos lean este libro, llevándolos a una clara comprensión

del origen y la misión de la Iglesia Adventista, e
infundiéndoles fe y confianza en su mensaje y destino.

El autor

LA MANO DE DIOS AL TIMÓN

PRIMERA PARTE



Después de una tormentosa aventura marítima, los padres peregrinos llegaron a las playas de América del Norte, donde establecieron “una Iglesia sin papa y un Estado sin rey”.

1

Y la tierra ayudó a la mujer

“Pero la tierra ayudó a la mujer, pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca”.

Apocalipsis 12:16.

Sucedió el 14 de febrero de 1556. La catedral de Oxford, en Inglaterra, bullía de sacerdotes y prelados. Entre ellos se destacaba la serena figura de Tomás Cranmer, respetado arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra, pronto a ser degradado de su elevada investidura eclesiástica.

Una nerviosa expectativa dominaba a los religiosos reunidos en aquel histórico encuentro. La insólita ceremonia se inició cuando los representantes papales vistieron al arzobispo con una réplica barata de los hábitos episcopales, con sus coloridos ornamentos y dignidades eclesiásticas. El ritual fue solemne e impresionante. Las insignias y los símbolos le fueron arrancados uno tras otro en una ceremonia cargada de dramatismo y emoción. También le quitaron la vestidura talar y el manto litúrgico. Su cabeza, aunque pronunciadamente calva, fue afeitada. El óleo de la unción fue simbólicamente retirado de sus manos. Y cuando finalmente quedó destituido de todas las dignidades inherentes a su elevado oficio, se oyó una voz grave y solemne que repercutía entre las arcadas de la gran iglesia. Era el obispo Bonner anunciando el fin del humillante ritual. Cranmer había sido degradado. Todos los vestigios de su autoridad eclesiástica le habían sido quitados.

Con todo, este desusado melodrama fue apenas el prelude de un episodio más intenso, ocurrido un mes más tarde.

Sometido autoritariamente a una cruel tortura mental, Cranmer firmó sin convicción un documento en el cual “confesaba” sus herejías y se retractaba de sus “desvíos teológicos”.

Llevado después a otra ceremonia especial en la Iglesia de Santa María, a fin de confesar públicamente su “extravío espiritual” y exhortar a los “herejes” a abandonar sus “malos caminos”, sorprendió a todos cuando anunció su firme determinación de no violar jamás su conciencia, renunciando a convicciones cristalizadas.

“Esta mano que firmó el documento que contiene mi confesión deberá ser la primera en ser consumida en las llamas del fuego inquisidor -declaró solemnemente. Y añadió-: Rechazo al papa por ser enemigo de Cristo... Lo rechazo por sus falsos dogmas. En lo que atañe a los sacramentos...”¹

Su discurso fue abruptamente interrumpido y su voz sofocada por otras voces que se unieron en una protesta histérica y satánica. Arrastrado por la multitud fuera del santuario, después fue condenado por los tribunales de la iglesia. Con un heroísmo reconocido por los mismos verdugos, sucumbió en medio de las llamas crepitantes de otra de las criminales hogueras encendidas por la intolerancia medieval.

Aquella mano, en realidad, no merecía ser destruida por el fuego, ya que había sido responsable de la redacción de *Book of Common Prayer* [Libro de la oración común], uno de los clásicos de la literatura cristiana, usado por la iglesia en Inglaterra en sus servicios litúrgicos.

Cranmer fue un mártir más entre los millones inmolados en el altar de la intolerancia religiosa, víctimas de la coerción y

del autoritarismo. Pereció porque osó levantar la voz contra la dominante degeneración de la fe cristiana.

El cristianismo vivía entonces un período sombrío de su historia. El evangelio predicado por Cristo y sus apóstoles se había contaminado en las fuentes corrompidas del paganismo. Aunque profesando aceptar a Jesús como el Hijo de Dios y creer en su muerte y resurrección, la mayoría de los cristianos perdieron de vista la malignidad del pecado y no sentían ya necesidad de la gracia redentora del evangelio. El germen de la idolatría producía su obra funesta. Dogmas, ritos supersticiosos y ceremonias de origen pagano se introdujeron en el seno de la iglesia, incorporándose a la fe de los profesos seguidores de Cristo.

La pluma inspirada, con notable vehemencia, describe las condiciones espirituales de aquellos días, diciendo:

Prevalecían el fraude, la avaricia y la lascivia. No había crimen que no se cometiera para obtener riquezas o escalar posiciones. Los palacios de los papas y los prelados eran escenarios del libertinaje más degradante. Algunos de los pontífices reinantes cometieron crímenes tan repugnantes que los gobernantes seculares trataron de deponer a esos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados sobre el trono. Por siglos no progresaron la ciencia, las artes ni la civilización. Una parálisis moral e intelectual se apoderó de la cristiandad.²

Sobre la iglesia apóstata flameaba el negro estandarte de Satanás. Grupos minoritarios protestaban en vano contra los

desvíos de la iglesia, reclamando reformas vigorosas tendientes a la restauración de la “fe que ha sido una vez dada a los santos”. Empero, sus voces eran siempre reducidas al silencio por la mayoría inconversa, apoyada en la aplastante fuerza de los números.

Uniéndose al Estado en un matrimonio adulterino, Roma pasó a emplear el brazo secular en el manejo de las armas temporales, con el objeto de silenciar a los fieles portaestandartes del evangelio apostólico. Entonces se desencadenó una persecución brutal, obstinada y sin cuartel contra los fieles disconformes con las aberraciones paganas introducidas en el seno del cristianismo.

Este despotismo religioso se inspiró en el pensamiento de Tomás de Aquino (1225-1274), teólogo medieval, llamado también Doctor Angélico, quien con argumentos discutibles había defendido la pena de muerte para los “herejes”, los “corruptores de la fe cristiana”.³

Inocencio III (1198-1216), cuyo pontificado se destacó por la vileza del carácter, instituyó desde las entrañas de su absolutismo el execrable tribunal de la “Santa Inquisición”, y proclamó la sangrienta extirpación de las minorías disidentes, insatisfechas con los desvíos y las corrupciones de la iglesia.

Al percibir las intenciones sanguinarias de Roma, millares buscaron refugio en los valles, en las cavernas de las montañas, en los lugares desiertos y solitarios. Se cumplía así el vaticinio inspirado: “La mujer [iglesia] huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días”.⁴

Traduciendo la determinación de aquellos fieles exiliados Elena de White escribió:

*Determinaron mantenerse leales a Dios y conservar la pureza y sencillez de su fe. Se efectuó una separación. Los que permanecieron firmes en la antigua fe se retiraron; algunos abandonaron sus Alpes natales y alzaron el pendón de la verdad en países extraños; otros se refugiaron en los valles solitarios y en los baluartes peñascosos de las montañas, y allí preservaron su libertad para adorar a Dios.*⁵

Procurando mantener la “unidad de la fe”, Inocencio III decretó el exterminio de los albigenses, que insistían en un culto espiritual, sin el uso de crucifijos. Como resultado fueron destruidas, en el sur de Francia, ciudades enteras y sus habitantes pasados a espada. Siguiendo instrucciones de Roma, fueron también perpetradas atrocidades innumbrables por el Duque de Alba con las minorías cristianas de los Países Bajos. El número de los que fueron ejecutados, según Gibbon, durante un corto reinado del terror, excedió en mucho al número de mártires habido en el espacio de tres siglos en el Imperio Romano.

*Las barbaridades cometidas entre el saqueo y las ruinas de las ciudades hambrientas y abrasadas, casi va más allá de lo que se puede creer; las criaturas eran arrancadas de los vientres de los cuerpos vivos de las madres; mujeres y niños eran violados por miles, y poblaciones enteras eran quemadas y arrasadas por los soldados, por todos los medios que podía imaginar la crueldad en su ingenio diabólico.*⁶

En los anales de la crueldad humana, ocupa un lugar destacado la despiadada tempestad de sangre que se abatió sobre Francia en la noche del 24 de agosto de 1572, la trágica noche de San Bartolomé. Millares de cristianos fueron despertados de su tranquilo sueño, arrastrados a la calle y brutalmente asesinados. Nobles y campesinos, ancianos, mujeres indefensas y hasta criaturas fueron juntamente torturados y exterminados a sangre fría. Las víctimas han sido variablemente calculadas entre diez mil y cien mil. El violento ataque, consumado con inconcebible furia, suscitó una onda de horror, espanto e indignación. La jerarquía religiosa, sin embargo, celebró el salvaje genocidio con aclamaciones festivas.

Cuando la noticia de la matanza llegó a Roma, el regocijo del clero no tuvo límites. El cardenal de Lorena premió al mensajero con mil duros; el cañón de San Ángel tronó en alegres salvas; se oyeron las campanas de todas las torres; innumerables fogatas convirtieron la noche en día; y Gregorio XIII, acompañado de los cardenales y otros dignatarios eclesiásticos, se encaminó en larga procesión hacia la iglesia de San Luis, donde el cardenal de Lorena cantó el Te Deum...⁷

En efecto, Roma se mostraba embriagada “de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús”.⁸ El tribunal del Santo Oficio, creado por Inocencio III por decisión del Concilio de Tolosa, además de haber instigado cruelísimas persecuciones, sentenció a muerte a Henrique Voes, Wishart, Hamilton, Latimer, Cranmer, Hus, Jerónimo, Savonarola y muchos otros piadosos líderes religiosos. Los “autos de fe” ahogaron en un océano de sangre todos los

intentos de preservar la pureza y sencillez de la fe que caracterizaron a la iglesia cristiana primitiva.

Indiferente a los crímenes repugnantes cometidos contra los derechos humanos, Roma parecía empeñarse con redoblado vigor en su saña perseguidora. “Y la serpiente [Satanás] arrojó de su boca, tras la mujer [iglesia], agua como un río, para que fuese arrastrada por el río”.⁹ Satanás intensificó su furor asesino por intermedio del despotismo eclesiástico, lanzando poderosas cruzadas (aguas como un río) que, con violencia y atrocidades sin cuento, pretendían extirpar las “herejías”. Y miles, “de los cuales el mundo no es digno”, sucumbieron regocijándose por ser tenidos por dignos de sufrir por la causa de la verdad.

“Si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo”,¹⁰ dice el Señor en su sermón profético. A pesar de la “gran tribulación”, la iglesia de Cristo permaneció imbatible. El calabozo, la tortura, el patíbulo, la fuerza y la hoguera fueron insuficientes para disuadirlos de su lealtad para con Dios y para con su conciencia. Aunque ultrajados, cubiertos de infamia, estigmatizados como la escoria del mundo, permanecieron firmes “como viendo al Invisible”.¹¹ No obstante, Dios, en su misericordia para con su pueblo, abrevió el tiempo de su terrible prueba.

“Pero la tierra ayudó a la mujer [iglesia], pues la tierra abrió su boca y tragó el río que el dragón había echado de su boca”.¹² Con los triunfos de la Reforma del siglo XVI, las cruzadas promovidas contra los elegidos de Dios perdieron su ímpetu original. Se multiplicaron los defensores de la verdadera fe. Con el triunfo protestante logrado en Alemania, Suiza, Holanda, Noruega y Suecia, el poder perseguidor de Roma quedó circunscripto dentro de una jurisdicción más limitada. Y las multitudes, víctimas de la intolerancia, la opresión y el despotismo, buscaron refugio

en las tierras conquistadas por la Reforma, donde fueron recibidas afectuosamente y tratadas con dignidad y ternura.

La revolución religiosa, en marcha en aquel entonces, proporcionó a Inglaterra las condiciones indispensables para la implantación de una religión nacional. La supremacía papal fue rechazada y en su lugar el rey se entronizó como cabeza de la iglesia. Sin embargo, muchas costumbres y ceremonias de origen romano permanecieron incorporadas a su culto. Gradualmente, el derecho de cada ciudadano a adorar a Dios según los dictámenes de su propia conciencia, pasó a ser ignorado. El monarca llegó a exigir que todos los ciudadanos aceptasen los dogmas y la liturgia formulados por la iglesia oficial.

Se le prohibió a la gente, so pena de fuertes multas, prisión y destierro, que asistiera a cualesquiera reuniones religiosas que no fueran las sancionadas por la iglesia. Las almas fieles que no podían dejar de reunirse para adorar a Dios tuvieron que hacerlo en callejones oscuros, buhardillas sombrías y, en estaciones propicias, en los bosques a medianoche... muchos sufrieron por su fe. Las cárceles rebosaban. Las familias eran divididas... Sin embargo, Dios estaba con su pueblo y la persecución no podía prevalecer para acallar su testimonio.¹³

Durante el reinado de Jacobo I (1603-1635), muchos líderes religiosos disidentes fueron perseguidos, lanzados en sombrías mazmorras y finalmente ejecutados. Juan Greenwood, dirigente de un grupo llamado "Padres Peregrinos", pagó con sangre su inconformidad con los restos de idolatría existentes en el culto oficial. Sus

seguidores decidieron entonces que “Inglaterra había dejado de ser lugar habitable”.¹⁴ Con sorprendente arrogancia el rey declaró su disposición de hacer que los disidentes “se conformaran o de lo contrario... que fueran expulsados del país, o tratados todavía peor”.¹⁵

La amenaza era seria. Urgía tomar medidas de resguardo. Vislumbrando días sombríos, los “Padres Peregrinos” decidieron con su pastor, Juan Robinson, cruzar el Canal de la Mancha y establecerse en las tierras libres de Holanda, territorio conquistado por la Reforma.

Posteriormente planearon cruzar las aguas del Atlántico, teniendo en vista alcanzar las playas de la América del Norte, donde soñaban establecer “una iglesia sin papa y un Estado sin rey”.

Simultáneamente con los movimientos de la Reforma en Europa, los navegantes ibéricos, recorriendo “mares nunca antes navegados”, descubrieron el Nuevo Mundo. Dios, en sus insondables designios, estaba preparando otro lugar de refugio para la “mujer”, su iglesia, entonces afligida por la espada inclemente al servicio del autoritarismo.

Después de tres años de planificación, los peregrinos parecían estar preparados para iniciar el gran viaje a través del Atlántico. Comenzaron la heroica aventura en una vieja embarcación llamada *Speedwell*, el 22 de julio de 1620. Cuando el viento hinchó las velas, expresaron entre lágrimas, oraciones y cantos de loor a Dios su determinación de seguir rumbo al Occidente, con el propósito de encender en el Nuevo Mundo la llama de la libertad.

No tardaron, empero, en llegar a la conclusión de que el viejo barco en que habían iniciado el viaje no ofrecía

seguridad suficiente para la travesía marítima. Decidieron por tanto, en Plymouth, Inglaterra, tomar otro barco, el *Mayflower*, con el cual continuaron la gran epopeya en dirección a lo desconocido. Eran en total 102 los pasajeros que iniciaron, el 6 de septiembre de 1620, la segunda etapa del extenso itinerario. Dos pasajeros adicionales fueron añadidos posteriormente al grupo -bebés que nacieron durante el viaje.

Después de una tormentosa aventura que duró 67 días, el *Mayflower* ancló junto al litoral del nuevo continente, en un día invernal de noviembre. Antes de desembarcar con sus biblias, himnarios, ropas y los pocos objetos de uso personal, firmaron un documento histórico: el *Pacto del Mayflower*, reconocido posteriormente como auténtica Carta Magna de la libertad, una extraordinaria declaración de principios que preparó el camino para la implantación de los ideales democráticos, basados en la separación del Estado y la Iglesia.

El desembarco ocurrió en el inicio de un riguroso invierno, con sus inclementes tempestades de nieve. El largo período vivido a bordo de una pequeña embarcación los dejó, durante la estación invernal, físicamente debilitados y susceptibles a la neumonía, tan común en aquellos días. Como resultado, de los 104 peregrinos, 54 murieron durante el primer año. Las mujeres fueron las que más sufrieron. Solamente cinco, entre las dieciocho esposas, lograron sobrevivir. Hubo momentos en que apenas siete colonos mostraron estar físicamente en condiciones de cuidar de los demás enfermos.

Con el advenimiento de la primavera, las perspectivas se tornaron más brillantes. Pudieron entonces dedicarse a la caza, la pesca y la recolección de frutas silvestres. La plantación de maíz produjo buenos resultados. La

construcción de casas fue acelerada y las relaciones con los indios, que al principio se caracterizaron por la hostilidad, se tornaron cordiales y pacíficas.

Guillermo Bradford, describiendo las impresiones vividas durante aquella transición de estaciones, se expresó así:

*Pasado el invierno, todas las cosas se nos presentaban con el aspecto de haber sido azotadas por las tormentas. El país entero, lleno de bosques y matorrales, ofrecía un panorama salvaje. Si mirábamos hacia atrás, estaba el rugiente océano que habíamos atravesado y que ahora significaba una barrera y un abismo que nos separaba del mundo civilizado... ¿Qué podría ahora sostenernos sino el Espíritu de Dios y su gracia?*¹⁶

A pesar de las enormes y conmovedoras pérdidas sufridas, aquellos bravos peregrinos celebraron al finalizar el primer año en las tierras libres de América, un culto de acción de gracias a Dios por el privilegio de adorarlo según los dictámenes de su conciencia, sin aprensiones ni temores. Aquella celebración fue el embrión de una festividad que pasó a integrar la tradición norteamericana al conmemorar oficialmente cada año, el último jueves de noviembre, el Día de Acción de Gracias a la fuente de “toda buena dádiva y todo don perfecto”.¹⁷



Al finalizar el primer año, los animosos peregrinos celebraron un culto de acción de gracias a Dios por el privilegio de adorarlo sin aprensiones ni temores.

Ocho años más tarde los “puritanos”, acosados también por las persecuciones religiosas en el Viejo Mundo, y a semejanza de los peregrinos, emigraron hacia América.

Por millares salieron los cuáqueros de Inglaterra, donde centenares de ellos habían sido encarcelados y muchos habían sufrido el martirio. En Nueva Jersey, Delaware y Pensilvania fundaron ciudades prósperas en medio de las feraces tierras a cuyo cultivo se dedicaron, bajo las garantías de una

*libertad que no habían conocido en su patria. Como otorgaban esta libertad a otros, ello atrajo a muchos inmigrantes; luteranos, menonitas, moravos, etc. Llegaron también hugonotes de Francia, especialmente después de la revocación del edicto de Nantes por Luis XIV, en 1685.*¹⁸

En efecto, una vez más “la tierra ayudó a la mujer” (iglesia) proporcionándole refugio y seguridad en momentos de angustia y tribulación.

Cuando los peregrinos partieron de Holanda rumbo a las playas de América, Juan Robinson, su pastor, impedido de acompañarlos, se expresó así en un memorable discurso de despedida:

*Hermanos, dentro de muy poco tiempo vamos a separarnos y sólo el Señor sabe si viviré para volver a ver sus rostros. Pero sea cual fuere lo que el Señor disponga, los exhorto ante Dios y sus santos ángeles a que me sigan no más allá de lo que yo he seguido a Cristo. Si Dios quiere revelarles algo por medio de algún instrumento suyo, estén listos a recibirlo como lo estuvieron para recibir alguna verdad por medio de mi ministerio; pues estoy seguro de que el Señor tiene más verdades y luces que sacar de su Santa Palabra.*¹⁹

Juan Robinson parecía intuir los grandes planes de Dios para su iglesia.